

Introducción

Al inicio de 2017 me integré a un proyecto del Seminario de Violencia y Paz de El Colegio de México, auspiciado por el Consejo para Prevenir y Eliminar la Discriminación de la CDMX, para llevar a cabo una serie de entrevistas en profundidad que permitieran hacer inteligibles los problemas de violencia y discriminación que vivían los habitantes de la delegación Cuauhtémoc, así como las redes que éstos hacían funcionar para tratar de solucionarlos. Vale la pena señalar que tales redes son complejas y rebasan muchas de las divisiones tajantes que los especialistas utilizamos para analizarlas. En las calles, la frontera entre lo formal y lo informal, lo público y lo privado, lo legal y lo ilegal se torna difusa, se construye y negocia constantemente. Este proceso involucra a actores, grupos e instituciones cuyas posiciones muchas veces pueden ser consideradas ambiguas, cuando no verdaderamente contradictorias. En esos casos, un policía en uniforme no es sólo ni siempre la autoridad, tampoco es sólo ni siempre un ciudadano, ambos roles se mezclan de forma compleja.

En las reuniones de planeación del proyecto se sugirió desde el inicio la posibilidad de realizar una entrevista en Tepito, por ser uno de los espacios más emblemáticos de la demarcación, sobre todo en lo que toca a cuestiones de

inseguridad y violencia. Por ser nativo del barrio, la propuesta se antojaba como un reto personal y profesional. Como etnógrafo me debatía entre dos ideas: la primera era que encontrar al informante indicado podría convertirse en un problema porque en el diálogo tendría que abordar temas que en general se consideran delicados; la segunda, que los métodos que ya conocemos para hilvanar redes de confianza y conseguir informantes han demostrado ser efectivos incluso en contextos en los que no se espera que las personas quieran colaborar —y para darnos una idea basta mirar el variopinto de temáticas poco usuales que se han trabajado durante los últimos años en nuestro país.

Fue por medio de un amigo de mi familia que conocí a Iván. Un hombre de edad madura del barrio que pasaba sus días en una esquina que, en sus propias palabras, se dedicaba a “hacer mandados”. Con el paso de los días, lo que parecía una fórmula sencilla (y casi eufemística) fue cobrando una importante densidad. Las actividades de Iván eran múltiples e incluían cuidar carros, gestionar desperdicios o realizar favores cotidianos, y se imbricaban continuamente con la venta de estupefacientes en pequeñas cantidades; fungía como un enlace entre los compradores potenciales y las narcotiendas del barrio. En su labor, por lo general no se encontraba solo, y no únicamente porque hubiera otros personajes de la esquina conviviendo con él en sus espacios de trabajo y ocio, sino porque hay indicios para pensar que esquinas como la que

fue objeto de observación en el barrio de Tepito se han multiplicado en los intersticios de la Ciudad de México.

La relación con Iván fue en cierto sentido contradictoria; por una parte, se mostraba interesado en el proyecto y decía ser la persona indicada para colaborar, porque nadie en la esquina podría proporcionar relatos como los que provenían de su experiencia; por otra parte, parecía prácticamente imposible que pudiéramos llevar a cabo una entrevista en profundidad a la usanza tradicional. Iván siempre estaba haciendo algo o a punto de hacerlo, desapareciendo con sigilo o bien ilocalizable, cumpliendo alguna encomienda particularmente delicada. Fue así que aquello que idealmente se había pensado como una entrevista larga, de entrada y salida en el barrio, se convirtió en una serie de visitas.

Suelo llevar un pequeño diario de campo con los pormenores de cada investigación y mis encuentros con Iván no fueron la excepción; fue así como se creó este documento. En la tradición etnográfica, los diarios no suelen ser, como tales, material publicable, más bien son la materia prima con la que el especialista tiene que trabajar para producir sus análisis e interpretaciones. El motivo de que yo u otros lectores directamente involucrados en el proyecto pensemos que este diario vale la pena, sin demasiado preámbulo teórico, es el clima que se vive en nuestro país. Todos los días nos encontramos con

testimonios de cómo la violencia avanza a un paso inclemente (sobre todo la que se relaciona con el negocio de la droga), pero pocas veces la vemos operar en la vida cotidiana, con sus pequeñas situaciones violentas y corrupciones, con sus bromas y risas, con una gama amplia y compleja de emociones que permiten mostrar que son personas de carne y hueso las que están inmiscuidas en todas las relaciones sociales (incluso las que preferiríamos evitar).

En ese sentido, el diario de campo demostró ser una herramienta invaluable, que me ayudó a hacer inteligibles los gestos, los sonidos, las sensaciones, de una forma en la que no habría podido hacerlo nunca con una grabadora, mucho menos en un contexto como en el que me encontraba investigando, donde incluso una diminuta grabadora de audio (como las que los avances tecnológicos y el mercado nos permiten adquirir en la actualidad) podía vivirse como intrusiva, poniéndome en riesgo a mí o a mis informantes; ni qué decir de algún tipo de cámara fotográfica o de video. En todo caso, la principal grabadora en esta serie de intervenciones fue el etnógrafo, sus sentidos y, por supuesto, su subjetividad.

No sobra decir que todos los nombres que aparecen en este documento fueron modificados, así como algunas situaciones y lugares, en aras de cumplir dos acuerdos que permitieron llevar a cabo la breve investigación: 1) que las identidades de todos los participantes serían protegidas con el

anonimato y 2) que los fines de la producción de este documento son estrictamente académicos y su propósito es hacer visible un terreno que debe seguir siendo explorado: la dimensión subjetiva del actual contexto de inseguridad y violencia relacionado con el narcotráfico. Este documento constituye tan sólo un pequeño aporte a esa conversación académica.

Jovani J. Rivera

Ciudad de México, 30 de abril de 2018